

Siete apuntes sobre la comunidad del entre en una novela de Tomás González

Simón Henao-Jaramillo

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Argentina
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Resumen: El objetivo de este trabajo es profundizar en el estudio de las figuraciones de la comunidad producidas en la narrativa colombiana contemporánea. Para ello, me propongo realizar una lectura de la novela *Abraham entre bandidos* (2010) de Tomás González, con la cual se puedan caracterizar los diferentes tipos de relaciones espaciales, temporales y textuales que conforman lo que podría llamarse una *geografía de los afectos* al interior de un paisaje y de un recorrido marcado por dos elementos aparentemente contradictorios: la violencia y la amistad, basados en la dicotomía entre amigo y enemigo. Para ello se recurrirán a nociones como comunidad, territorio y desplazamiento.

Palabras clave: Literatura colombiana, Tomás González, comunidad, bandidos, paisaje.

Seven notes on the between community in a novel by Tomás González

Abstract: This paper aims to deepen the study of the images of the community created in contemporary Colombian narratives. To do so, I propose a reading of the novel *Abraham entre bandidos* (2010) by Tomás González, which will allow me to characterize the different types of spatial, temporal, and textual relationships that make up what could be referred to as a *geography of affections* within a landscape and a trajectory marked by two apparently contradictory elements: violence and friendship, based on the dichotomy between friend and enemy. Concepts such as community, territory, and displacement will be useful in this reading.

Keywords: Colombian literature, Tomás González, community, bandits, landscape

Sete apontamentos sobre a “comunidade do entre” em uma novela de Tomás González

Resumo: O objetivo deste trabalho é aprofundar o estudo das figurações da comunidade produzidas na narrativa colombiana contemporânea. Para isso, me proponho a realizar uma leitura da novela *Abraham entre bandidos* (2010) de Tomás González, com a qual se pode caracterizar os diferentes tipos de relações espaciais, temporais e textuais que conformam o que se poderia chamar uma *geografia dos afetos* no interior de uma paisagem e de um percurso marcado por dois elementos aparentemente contraditórios: a violência e a amizade, baseados na dicotomia entre amigo e inimigo. Para isso, se recorrerão a noções como comunidade, território e deslocamento.

Palavras - chaves: Literatura colombiana, Tomás González, comunidade, bandidos, paisagem

“Desde el momento en que uno tiene necesidad o deseo de sus enemigos, no se puede contar más que con amigos. Incluidos ahí los enemigos, y a la inversa. Es esta la locura que nos acecha.”

Derrida

Primer apunte

En el 2010 Tomás González publicó en Colombia su quinta novela, *Abraham entre bandidos*. Desde el título y la ilustración de la tapa –un dibujo hecho por Mateo Pizarro que muestra a un hombre de espaldas caminando cabizbajo entre el monte- se presume una novela que fluctúa, una novela que tiembla, una novela del entre. La fluctuación y el temblor son huellas que se repiten (y que se diferencian) en distintas representaciones de la violencia que, a lo largo del siglo XX y en lo que va del XXI, han producido la literatura y el arte en Colombia. Un ejemplo emblemático de esa fluctuación, de ese temblor, es el famoso cuadro de Alejandro Obregón apenas titulado *Violencia*. Es un cuadro de 1962 en el que el cuerpo de una mujer embarazada, sin brazos, fluctuante entre la muerte y la vida, se funde hasta la confusión con el paisaje gris y tembloroso. Un cuerpo que fluctúa entre su materialidad descompuesta, mutilada, violentada, y el entorno geográfico, también descompuesto, violentado, temblante, del paisaje donde sobreviene la Violencia. Este cuadro “a pesar de su carácter trágico, - señala Eduardo Escobar- comunica una extraña serenidad: el cielo moribundo, ensombreciéndose en un volumen premonitorio, es una meditación que trasciende la mera figuración del mundo.” (Escobar, 2012: 26) En efecto, el cuerpo impotente de la mujer embarazada (un solo diminuto toque rojo bajo el pecho caído sintetiza la sangre de su muerte, la muerte de su sangre) potencia la carga simbólica al descubrirse él mismo paisaje, territorio montañoso donde esa violencia es causa y efecto de la situación de su cuerpo, de sus cuerpos. El propio Obregón señala que al cubrir con las manos el rostro de la mujer, de su cuerpo surge un paisaje con su volcán y su montaña: “*Violencia* –dice el artista entrevistado- podría asimilarse a una mujer asesinada que asemeja la cordillera del Quindío.” (Auqué Lara: s/p) Es en esta cordillera, en esta geografía temblorosa que fluctúa entre la tierra caliente, la tierra templada y la tierra fría, en este paisaje que ondea entre los cafetales y los ríos, donde la violencia partidista de mediados del siglo XX, la Violencia con mayúsculas que el cuadro de Obregón sintetiza de manera espeluznante, tuvo sus más horrendas cuotas.

Segundo apunte

Se calcula que en ese periodo, el de la Violencia con mayúscula, fechado entre 1948 y 1964, fueron asesinados cerca de 200.000 colombianos y más de dos millones de campesinos fueron obligados a dejar sus tierras y a trasladarse a los cascos urbanos y a las capitales de sus regiones. La última fase de la Violencia, que coincide con los primeros gobiernos del Frente Nacional, dio pie a que, principalmente en esa cordillera y en los departamentos de Quindío, Valle del Cauca y Tolima, se asentara el fenómeno del bandolerismo como una expresión de la crisis de las relaciones entre las poblaciones campesinas, los movimientos sociales, el Estado, los partidos políticos y los actores armados. (Sánchez y Meertens, 2006: 9) Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, en su ya clásico estudio *Bandoleros, gamonales y campesinos*, señalan que el fenómeno del bandolerismo en Colombia, además de ser un bandolerismo social del tipo identificado por Hobsbawm (2001), tiene la particularidad de ser un bandolerismo

político.

Esto quiere decir que el bandolerismo colombiano del periodo de la Violencia, surgido en zonas rurales en un contexto nacional donde los movimientos sociales se encontraban en una difícil situación de faz a la recomposición de las clases dominantes en el Frente Nacional, fue producto de un entramado de relaciones políticas “cuya aparición misma –dicen Sánchez y Meertens- está determinada por su relación de dependencia respecto a uno o varios componentes de la estructura dominante de poder, como los gamonales, los partidos políticos, que cumplen una función legitimadora del orden establecido, o de una de las fracciones de la clase gobernante. (...) La subordinación política no es aquí un mero accidente en la carrera del bandolero, sino el elemento que motiva y define en primera instancia sus actuaciones y sus blancos.” (Sánchez y Meertens, 2006: 53).

Esto a su vez significa que aunque bandas como la de Chispas, la de Sangre Negra, la de Efraín González, la de Pedro Brincos, o la de Desquite; que bandoleros como Capitán Veneno, como El Tigre, Alma Negra, Zarpazo o Capitán Venganza cometieran asesinatos, secuestros, asaltos, extorsiones y raptos, es decir, acciones entendidas por la sociedad dominante como delictivas -lo que las convierte en una forma de ilegalidad-, son grupos que no se reducen a ello. Son también, en su configuración y en su accionar, un lugar donde se producen y confluyen relaciones sociales que, en palabras de Sánchez y Meertens “reproducen la vida de la sociedad e incluso –se ha sugerido- las jerarquías, relaciones de género y sistemas de autoridad exteriores. (...) Podría decirse, y de manera paradójica, que los bandoleros son seres trashumantes que nunca se han ido de su propia comunidad porque la llevan consigo, y yendo más lejos hasta cabría sugerir que la banda no es, contra todas las apariencias, una forma de escape de la sociedad existente, sino de resignación o, a lo sumo, de ‘adaptación ofensiva’ (por oposición a ‘pasiva’) frente a ella.” (Sánchez y Meertens, 2006: 11)

Tercer apunte

Estas comunidades que se llevaban consigo los bandoleros en su trashumar se encontraban adscritas a la lógica antagonista de la Violencia generada por la enemistad de las dos colectividades políticas (la liberal y la conservadora) que estaban en pugna desde el siglo XIX. Fue este antagonismo –en palabras de Pécaut “argumento aparente de una fragmentación radical de lo social” (Pécaut, 1997: 7)- quien profundizó la fisura que atraviesa aún hoy el campo social y simbólico del país. De ahí que para la antropóloga María Victoria Uribe, esta relación antagónica pareciera ser “una relación imposible entre dos términos, cada uno de ellos impidiéndole al otro lograr su identidad consigo mismo.” (Uribe, 2004: 24) Lo paradójico de este antagonismo es que no se produce entre sujetos extraños, sino que por el contrario, se produce entre identidades similares, entre sujetos que se conocen, que son, si se quiere, análogos, y que comparten rasgos culturales. “Los cerca de doscientos mil muertos –señala María Victoria Uribe- que dejó la Violencia de mediados del siglo XX fueron en su inmensa mayoría habitantes pobres de las zonas rurales, católicos que iban a las mismas escuelas, frecuentaban los mismos espacios de sociabilidad y reconocían la misma bandera y, lo más importante, pertenecían al mismo estrato social. Entonces ¿qué los separaba y los convertía en extraños?” (Uribe, 2004: 35).

La problemática que encierra esta última pregunta es la que aborda la narración de *Abraham entre bandidos*, la novela de Tomás González, cuya trama principal podría ser resumida así: Abraham y su amigo Saúl son retenidos el 18 de febrero de 1954 por la banda que comanda Enrique Medina, alias Pavor, un antiguo compañero de escuela ahora convertido en bandolero.

Hacia treinta y dos años Enrique Medina y [Abraham] habían asistido a la misma clase de la escuela primaria del pequeño municipio donde el padre de Abraham había tenido la más grande de sus fincas. En ese tiempo muchos hacendados traían institutrices para que les enseñaran a sus hijos en las casas, pues no querían que se juntaran con los niños campesinos que iban a las escuelas públicas. No él. (González, 2010: 11).

Como de muchos bandoleros, de Pavor se había construido un mito. Se decía que era bueno con los humildes y que robaba a los ricos. “Esa fama –explica el narrador- se debía a que, durante las borracheras, le daba a veces por lanzar al aire billetes, para que la gente los recogiera; pero eso en realidad ocurría cada mil años, pues Enrique Medina podía beber mucho sin emborracharse y era más bien tacaño. La verdad es que a su paso, más que billetes, había dejado un largo rastro de sangre, y cientos de viudas y de huérfanos.” (González, 2010: 10) Abraham y Saúl son obligados a trashumar entre los bandidos por diferentes zonas de la cordillera sin más razón que el capricho de Enrique Medina. “¿Sabés qué entonces?” –dice el bandolero cuando toma la decisión de llevarse a Abraham y a Saúl – “Vámonos juntos y seguimos la fiestica por el monte y ahí vamos viendo lo que hacemos.” (González, 2010: 15) Durante esos días son testigos de las acciones que ejecuta la banda de Pavor: robos, asesinatos, violaciones, masacres. “Abraham y Saúl vieron a los hombres de Pavor cortarles con los machetes las cabezas y los genitales a los soldados muertos y ponérselos a cada uno en el estómago abierto (...)” (González, 2010: 152) Pero también viven con ellos, diálogos, temores, borracheras, intimidades como

...cuando de repente vieron a Trescuchillos, que parecía haberse materializado de la nada ante ellos frente al cafetal. Con un gesto de la cabeza el bandolero le indicó a Piojo que se acercara y le dijo algo al oído.

-Que cuál de ustedes dos tiene buena letra – dijo el niño, y Abraham y Saúl se miraron sin saber qué hacer. Entonces Saúl dijo:

-Abraham tiene.

-Mi sargento necesita que le escriba una carta, don Abraham – dijo el niño y le entregó un lápiz, una hoja de papel de carta doblada en dos, limpia, sin arrugas, y un libro que parecía un misal, para que se apoyara.

Trescuchillos le murmuró algo al oído a Piojo, que le dijo a Abraham:

-Querida madre... (...) Quiero, por la presente –dijo Piojo -, hacerle saber que todavía estoy vivo y que me acuerdo mucho de usted. Es por ese motivo que le estoy mandando esta carta, para que no se preocupe, porque me acuerdo mucho de usted...(González, 2010: 134).

Entre tanto, Susana, la esposa de Abraham, desde la ciudad, recompone la historia familiar que ha permanecido en contacto con la violencia y sus diferentes manifestaciones, sus diferentes rostros, durante toda la segunda mitad del siglo XX.

Cuarto apunte

En un ensayo titulado “Del ser singular plural” Jean-Luc Nancy, remitiéndose a Heidegger, define como una condición ontológica primordial el *ser-con* y el *estar-juntos*. Toda presencia, para Nancy, es una presencia compartida. “El ser –dice el filósofo francés- no puede *ser* más que siendo-los-unos-con-los-otros, circulando en el *con* y como el *con* de esta co-existencia singularmente plural.” (Nancy, 2006: 19) Y más adelante agrega: “...si el ser es *ser-con*, en el *ser-con* es el *con* lo que da el ser, sin añadirse” (46), “...el *ser-con* es el problema más propio del ser” (48), y es el *con* el que *con-forma* la comunidad (51). Pero me pregunto ahora, con la novela de González en la mano, ¿qué pasa cuando esa comunidad está dada no bajo el régimen del *con*, sino bajo el régimen del *entre*? ¿Qué posibilidad tiene una comunidad de

serlo allí donde el *con* que la con-forma ha sido desviado, forzado, transmutado o reemplazado por otro tipo de vínculo (otro tipo de guión, diríamos) con el que los cuerpos y sus subjetividades se entrelazan? ¿Qué pasa cuando ese vínculo *otro*, ese que ya no es el con, es un vínculo que no termina de serlo del todo, como sucede con el *entre* de *Abraham entre bandidos*? Porque ese entre, debemos advertirlo, refiere no tanto a un vínculo como a una tensión. Recorrer esa tensión, trasladarse hacia ella, entre ella, realizar la posibilidad de una comunidad en ese territorio que ella traza, en ese paisaje de violencia y esa geografía de los afectos, pareciera ser el sentido ya no solo literario sino, por literario, político, de la novela de González. Ese territorio de la tensión que no es otro que un territorio del entre.

Quinto apunte

Tomás González habla de ese territorio de manera más simple y general. En una entrevista que puede leerse en la red, declara que aquello que sucede en sus libros “es siempre la lucha entre la vida y la muerte. En todos se narra ese conflicto de fondo, siempre permanente, de la existencia (...) es ese el tema que une todas mis narraciones, desde *El viaje infinito de Carola Dixon* [un cuento de su libro *El rey del Honka-Monka*], que transcurre frente a las costas de Nueva Jersey; hasta *La historia de Horacio*, que se desarrolla en Envigado durante la década de los sesenta. Creo que para mí ese es el gran tema: el conflicto entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal, entre la forma y el caos.” (Duarte, 2010: s/p)

Podría sumársele a las tensiones enunciadas por González dos más que trazarian los territorios del entre en *Abraham entre bandidos*. Una sería la tensión entre los personajes y la geografía que recorren, la fluctuación que se da entre unos y otros, los recorridos, las travesías, las caminatas, los extravíos en ese paisaje de violencia al que Abraham (aquel que, bíblicamente, es quien recibe el llamado, a quien se le dice “ven, haz lo que yo digo”) es forzado a penetrar por mandato de Pavor. En esta tensión se descubre la novela como la narración de un trayecto, es decir de un espacio y una temporalidad que conforman una zona indecidible, un territorio del entre que acontece entre la partida y el regreso:

Otra vez se empezó a oír el sonido del agua que bajaba con fuerza entre las piedras. Saúl le preguntó a Abraham que cómo se sentía y Abraham dijo que tenía flojas las rodillas, y que la sed y el hambre lo estaban matando. ‘Alguna vez tendremos que parar y algo nos habrán de dar de comer estos hijueputas’, dijo Saúl en voz baja. Pero durante mucho tiempo el río se siguió oyendo lejos, a pesar de que ellos parecían estar avanzando. Y la sed arreciaba. Ya vamos llegando, muchachos, decía Piojo, pero volvía a aparecer otra montaña que era necesario subir, otra cañada por la que había que bajar, y aparecían más guadales y cafetales, y fincas lejanas donde ladraban los perros, y al río nunca llegaban. (González, 2010: 153).

En esta tensión, el entre de *Abraham entre bandidos* es el recorrido de unos cuerpos compelidos a penetrar a través de una inmensa geografía marcada por los paisajes de la violencia, donde coexiste la belleza y la inmensidad de las montañas entre el horror y el desangre de los robos, los asesinatos, las masacres. “Nubes blancas, muy pacíficas, cruzaban el azul uniforme bajo el cual nadie habría podido pensar que transcurrieran guerras, mucho menos aquella, que, como ojos reventados, cascos de botellas en las palmas de las manos, uñas arrancadas, dientes descuajados, fluía de manera tan desordenada y caprichosa.” (González, 2010: 154) Cada lugar al que llegan los bandoleros liderados por Pavor, cada camino por el que avanzan y por el que impulsan a Abraham y a Saúl, cada montaña, cada río, está siempre más allá, incluso cuando esos lugares, esas montañas, esos ríos, se repiten: “Abraham sintió que el Tiempo estaba recorriendo el mismo camino, pero en sentido contrario, y que ahora era todo doblemente difícil y oscuro.” (González, 2010: 184) La

narración del paisaje y de los cuerpos que lo recorren es siempre la narración de un tránsito. “Abraham esperaba con impaciencia el fin de la conferencia y el comienzo de la actividad, para echar otra vez a andar y darle aunque sea sentido a la situación en que estaban.” (González, 2010: 168). Las pocas veces que ese tránsito se detiene, el propio paisaje, su violencia, su belleza, hace desaparecer los cuerpos, exhaustos: “Todo el mundo estaba al borde del colapso. Se tendieron como fardos lo mejor que pudieron y casi de inmediato todos dormían, a pesar del frío y de la niebla que poco después, compasiva, los borró por un tiempo de la Tierra.” (González, 2010: 174)

Sexto apunte

La otra tensión que trazaría el territorio del entre en *Abraham entre bandidos* sería la tensión política e histórica que conforma la dicotomía -determinante de la historia violenta de Colombia, de su paisaje de violencia- entre amigo y enemigo. Se sabe que la construcción de los actores políticos en Colombia, no sólo en los años cincuenta, sino aún todavía, pasa por el dominio de una lógica política sobre una lógica de guerra, donde la sobrevivencia de uno depende de la muerte del otro y “todas las relaciones quedan reducidas a la lógica amigo-enemigo.” (Blair, 1995: s/p) Esta lógica, que en el caso colombiano ha perdurado en el tiempo, instaura lo que María Teresa Uribe, Foucault mediante, identifica como un “estado o situación de guerra.” La situación de guerra remite a un Estado cuya soberanía es débil o no ha podido terminar de ser resuelta, y por lo tanto es puesta en cuestión por poderes que acuden a las armas disputándose el ejercicio de la dominación territorial. “Lo predominante en el escenario del estado de guerra –señala la politóloga- son las mutuas desconfianzas, las manifestaciones de hostilidad entre las partes, el desafío permanente y la voluntad manifiesta de no reconocer más poder que el propio, prevalidos los grupos concurrentes de la fuerza que otorga la violencia y de su capacidad para usarla en contra del enemigo.” (Uribe, 1998: s/p)

Es dentro de este escenario donde se relacionan y se desplazan los personajes de la novela de González. En ella, la dicotomía que propone la lógica política de amigo y enemigo es conducida hacia un territorio del entre en el que los vínculos afectivos (la antigua amistad entre Abraham y Pavor; la amistad presente entre Abraham y Saúl; la relación de pareja entre Abraham y Susana, la maternal entre Susana y sus hijos, etc.) operan en la puesta en crisis del binomio. De esta manera *Abraham entre bandidos* se sitúa, narrativamente, en un espacio incierto, indeterminado entre la amistad y la enemistad producida por la violencia. Esta indeterminación, aquello que hace indecible esta tensión entre amistad y enemistad, proviene del hecho de que la novela no toma la cuestión ‘amigo-enemigo’ como un asunto propiamente singular. No se trata tanto de una amistad determinada, del tipo ‘Fulano el amigo (o el enemigo) de Zutano’, como tampoco, explayando otro tipo de identidad, se trata de los enfrentamientos entre bandos liberales y conservadores, identidades en pugna. Se trata más bien de la tensión entre amigo y enemigo en tanto aquello que posibilita (y que impide también, que obstaculiza) los lazos existentes en una sociedad históricamente violenta. No es de la amistad (o la enemistad) de uno a otro de lo que trata la novela de González, sino más bien del entre que exige la amistad y la enemistad para realizarse como lazo social, como cuestión, diría Derrida, de lo político, (Derrida, 1998: s/p) como potencia, diría Agamben, de lo político. (Agamben, 2005: s/p)

En ese sentido, la tensión entre amistad y enemistad en *Abraham entre bandidos* otorga a los personajes la común afirmación de su *estar-entre*. Son indecibles y fluctuantes la amistad y la enemistad en las razones que llevan a Pavor (o a Enrique Medina, depende de cómo se lo mire) a ejercer violentamente sobre Abraham la obligación de caminar con ellos por las

montañas, de trashumar entre ellos por los paisajes de la violencia. Al final de la novela, cuando Pavor y su banda entran en desgracia y deciden dejar en su camino a Abraham y a Saúl, la tensión se materializa –como lo hace a lo largo de la novela- en el gesto de hospitalidad que implica compartir aguardientes y borracheras sin saber en qué momento se les viene encima el tiro que los mate. En esa oportunidad a Pavor le es devuelto su nombre familiar, su nombre afectivo:

Enrique Medina se tomó un aguardiente y les pasó la botella.

-El de despedida, niños –les dijo-. Para que no se me vayan cagados del miedo a verse con el Patas. ¿Si o no?

Dejó pasar un momento, como esperando que Abraham y Saúl calcularan que ahora sí los iban a matar, y agregó:

- Mentiras, hombre Abraham, es nomás por joder. ¿Cómo se les ocurre que voy a hacerles algo después de haber pasado tan bueno tantos días? ¿O no? ¿O ustedes qué dicen? (González, 2010: 198).

Séptimo apunte

La enemistad que marca el recorrido de la banda de Pavor, de la violencia con que realizan robos, asesinatos, masacres y la que obligan a atestiguar a Abraham y a Saúl ¿no es quizá en el fondo un disfraz de la amistad? En ese caso ¿qué es lo que oculta ese disfraz? ¿Qué es –o quién es- esa amistad disfrazada de enemistad? Esta pregunta, que la novela no responde, que la novela no busca responder, es análoga a la pregunta, citada más arriba, que se hace desde la historia y la sociología en relación con ese periodo mayúsculo que fue La Violencia: ¿qué los separaba y los convertía en extraños a unos de otros? Tal vez una manera de acercarse a esa pregunta (o una manera de desviarla) sea proyectándose hacia la pregunta, inocente en todo caso, del porqué Tomás González recurre, sesenta años después, a la narración del periodo de La Violencia. ¿Qué lo lleva a situar a sus personajes en los años cincuenta, volcándose, a su manera, sobre la tradición de lo que se dio en llamar la narrativa de La Violencia? Una primera impresión, y tal vez la más evidente, nos conduce a pensar que se debe a la necesaria distancia temporal del punto de vista que permite y constituye la experiencia estética. (Campo, 2012: 167) Pero podrían encontrarse algunas otras razones que intentaran explicarlo. Por ahora me quiero quedar con esta, que está relacionada con la perduración de La Violencia en la historia de Colombia.

Varios historiadores y sociólogos mantienen la hipótesis de que el conflicto armado que se ha mantenido en la segunda mitad del siglo XX es prolongación –con enormes variantes coyunturales- de la violencia partidista de los años cincuenta. La novela de González, en una primera mirada, pareciera admitir esta hipótesis. Sin embargo, de llegar a hacerlo, sería de una manera muy particular: narrando unos hechos que son en sí mismo el porvenir. Susana, la esposa de Abraham, reflexiona sobre la experiencia de su esposo desde el presente. Y lo hace a conciencia de la prolongación de la guerra, sobre la cual reflexiona: “*Otra vez habían levantado la queda y se podía salir por las noches; las matanzas eran menos grandes y la gente volvía a hacerse ilusiones y a pensar que ahora sí llegaría la paz. Uno se engaña. Algún día se acabarán, claro, porque nadie se acostumbra a que anden matando así a la gente (ni siquiera los que matan), pero vea usted en lo que estamos todavía...*” (González, 2010: 164. Subrayado en el original) Los bandidos de los años cincuenta, hoy en la escritura de González, son una forma de figuración de aquello que, en el periodo narrado, aún no ha sucedido, aquello, por decirlo de alguna manera, venidero, aquello que se aproxima. Y lo que se aproxima, como se sabe, aquello que está próximo a nosotros (en la historia, esto es, en el tiempo, pero también en el espacio) es el prójimo, aquel “otro” prójimo (próximo) a nosotros.

El entre de *Abraham entre bandidos* es, así, un entre de posibilidad, de posibilidad en el otro, hacia el otro y entre el otro. Es también la posibilidad de franquear, desde la escritura, las distancias, las violencias que separan y configuran la dicotomía entre amigo y enemigo; de recorrer el espacio que esa dicotomía abre, ese territorio fronterizo en donde el amigo aún no es amigo y el enemigo no lo llega a ser todavía; la posibilidad de ser *con* en el *entre* de una transitada geografía de los afectos.

Referencias

- Agamben, Giorgio (2005). "La amistad". *La Nación*, Buenos Aires, 25 de septiembre.
- Auqué Lara, Javier (1962). "Alejandro Obregón habla de su pintura". *El Tiempo*, Bogotá, 29 de julio.
- Blair Trujillo, Elsa (1995). "La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social?" *Revista Estudios Políticos*, 6, Medellín, Universidad de Antioquia: 47-71. Edición digital en <http://quimbaya.udea.edu.co/estudiospoliticos/>
- Campo Becerra, Óscar Daniel (2012). "Naranjas en el suelo. La conciencia de la muerte en la obra de Tomás González." *Literatura: Teoría, historia, crítica*, V. 14, 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia: 159-182.
- Derrida, Jacques (1998). "Amar de amistad: Quizás – el nombre y el adverbio." *Políticas de la amistad*. Madrid, Trotta. Edición digital de <http://www.jacquesderrida.com.ar>
- Duarte, Jerónimo (2010). "Las dos violencias de Tomás González". *Revista Arcadia*, Bogotá, 12 de agosto.
- Escobar, Eduardo (2012). "Obregón, el bestiario." *Revista Universidad de Antioquia*, 308, Medellín, Universidad de Antioquia: 25-27.
- González, Tomás (2010). *Abraham entre bandidos*. Bogotá, Alfaguara.
- Hobsbawm, Eric (2001). *Bandidos*. Barcelona, Crítica.
- Nancy, Jean-Luc (2006). "Del ser singular plural." *Ser singular plural*. Madrid, Arena libros: 17-114.
- Pécaut, Daniel (1997). "Presente, pasado y futuro de la violencia". *Análisis Político*, 30. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia: 3-36.
- Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens (2006). *Bandoleros, gamonales y campesino. El caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá, Aguilar.
- Uribe, María Teresa (1998). "Las soberanías en vilo en un contexto de guerra y paz." *Revista Estudios Políticos*, 13, Medellín, Universidad de Antioquia: 11-37. Edición digital en <http://quimbaya.udea.edu.co/estudiospoliticos/>
- Uribe, María Victoria (2004). *Antropología de la inhumanidad. Un ensayo interpretativo sobre el terror en Colombia*. Bogotá, Norma.